

Narcisismo y Adolescencia en los estados borderline

Jeannet Quiroz Bautista; Mario Orozco Guzmán¹

El trabajo se propone dar cuenta de la inserción de la adolescencia y las investiduras narcisistas en los estados borderline. Los cuales son revisados de manera sucinta en su papel de hacer borde y bordado en relación con la psicosis. La relevancia que tienen estos estados se incrusta en condiciones de la cultura llamada postmoderna centrada en la majestuosidad de la indiferencia y el mimetismo acrítico en los lazos sociales. Se sondea la propuesta semiológica para estos estados planteada por Rastall. Del mismo modo se apunta a esclarecer el afán compensatorio ante una avería en lo simbólico en el cual participa decisivamente un narcisismo en exceso.

Palabras clave

Adolescencia, narcisismo, estados límite, compensación.

Resignaciones narcisistas

La adolescencia presupone una situación de coyuntura crítica que propone un límite en relación al narcisismo. Freud (1905/2006) había advertido sobre el límite propio de la barrera del incesto que coadyuva a un reposicionamiento del deseo por fuera de las figuras familiares. Dos renunciaciones se imponen en la experiencia de pasaje a la adolescencia. Se habla de asesinato en relación a ellas en la medida en que afectan de modo radical posiciones narcisistas. Así Leclair propone el asesinato del niño omnipotente y maravilloso en tanto “representante narcisista primario”²(p. 21) que contiene el fulgor gozoso de la mirada materna. Didier Lauer, por su parte, invoca “el asesinato simbólico de los padres omnipotentes de la

¹ Jeannet Quiroz Bautista: Doctora en Psicología por la Universidad Veracruzana. Profesora-Investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Maestría en Psicología por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, y Licenciada en psicología por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Miembro del Cuerpo académico Consolidado “Estudios sobre teoría y clínica psicoanalítica”. Coordinadora de la Facultad de Psicología en la Unidad Profesional Ciudad Hidalgo.

Mario Orozco Guzmán: Doctor en Psicología por la Universidad de Valencia, España. Profesor-Investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Coordinador del Cuerpo Académico Consolidado “Estudios sobre Teoría y Clínica Psicoanalítica”

² Leclair, S. (2001) *Matan a un niño*. Buenos Aires: Amorrortu, Pág. 21

infancia”³ como proceso de desprendimiento a emprender en la adolescencia. Es decir, la liquidación de estos padres que encarnan un ideal narcisista de grandeza y poder ilimitados e imposibles de reproducir e imitar. En ambos casos, se hace indispensable un recurso a la palabra que mata la coagulación de los ideales narcisistas que marcan la dependencia plena del vínculo entre padres e hijos. Ideales de perfección, de inmortalidad, de omnipotencia, situaban en una configuración imaginaria y fascinante esta relación. Freud planteaba en qué medida los padres quisieran que “las leyes de la naturaleza y de la sociedad”⁴, esas leyes que restringen los poderes de la vitalidad y libertad, se detuvieran ante su majestuosa criatura. Para ésta no debe haber límite alguno tomando en cuenta que los padres han renunciado a sus prerrogativas de acendrado amor propio. Los hijos deben compensar a los padres por esta implacable renuncia. Por su cuenta, los adolescentes se confrontan con el hecho crudo de que sus padres ya no son tan poderosos y perfectos como imaginaban que lo eran. Se ha roto el espejismo derivado del narcisismo infantil prolongado en los ideales parentales. Un adolescente expresaba con acentuado dolor la impresión de muerte que le daba haber perdido lo que designaba como su “inocencia”.

El momento adolescente supone también la inminencia de un acto que puede significar una instauración de límites. Durante la infancia el sujeto estaba limitado en su afirmación subjetiva por la autoridad de los padres sobre su deseo. Autoridad que puede ser veleidosa como Lacan⁵ calificaba la de la madre en un ejercicio de ley primordial. Ahora que su cuerpo se le presenta maduro en su desarrollo le hace pensar y hasta decir que puede hacer cosas que antes no podría llevar a cabo. Este cuerpo parece instarlo, por el empuje pulsional, a actos que se encuentran simbólica o imaginariamente vedados. Este cuerpo lo mueve a otras cosas, a otras experiencias. Pero le hace saber y cuestionarse sobre su deseo y sobre la responsabilidad de decir a qué lo compromete. Como lo subraya Cordié:

³ Laru, D. (2015) *De la haine de soi à la haine de l'autre*. Paris: Seuil, Pág. 59

⁴ Freud, S. (1914/2006) “Introducción del narcisismo”, en Sigmund Freud, *Obras completas vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu. Pág. 88

⁵ Lacan, J. (1999) *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

El niño pequeño no tiene obligación de hablar en su nombre, puede evitar la toma de palabra hasta el momento en que tendrá que manifestarse en su ser de sujeto, sostener su identidad por su cuerpo sexuado, y enfrentar las cuestiones de los orígenes, de la muerte, de la soledad.⁶

El momento adolescente se plasma como tiempo para abrirse a la comprensión de los límites a la misma comprensión: nacimiento y muerte. Ya no puede esquivar la toma de la palabra para responder a cuestiones que reclaman definiciones de origen, identidad y elecciones. Tiene que tomar la palabra para decidir vestimenta, lecturas, amistades, estudios. Momento decisivo que marca hasta qué punto se ha logrado eso que planteaba Freud (1905/2006) sobre la adolescencia: “el desasimiento respecto a la autoridad de los padres”.⁷ Tomar la palabra en la adolescencia es darse un lugar de autoridad incipiente, de autor de su posible destino como sujeto deseante.

La toma de distancia respecto a esa autoridad supone establecer límites. El sujeto adolescente se encuentra en la encrucijada de poner (se) a distancia el (del) deseo de los padres y al mismo tiempo volver a insistir en hacerse preferir por el deseo de alguno de ellos o de los dos (relanzamiento de las condiciones edípicas). Didier Laurus ha destacado el papel del odio, elemento que marca esta tensión en la encrucijada. Se trata del balance dialéctico del odio de sí y del odio del otro. El odio de sí se plasma en el acto suicida como una búsqueda por “borrar su existencia real de ser en el mundo”.⁸ Integra en su indagación clínica a la anorexia y las prácticas de riesgo (escarificaciones, automutilaciones) en una apuesta belicosa contra el cuerpo y su condición sexuada. Otra apuesta por el acto impregnado de odio se verifica en la implicación de jóvenes en la drogadicción y/o en los negocios del narcotráfico. Dicha implicación no ocurre sin la participación del componente laberíntico del goce en situaciones de límite mortal. Siempre, como lo apunta Laurus “el acto se inscribe en un tiempo particular, siempre destinado a alguien. El

⁶ Cordié, A. (1994) *Los retrasados no existen. Psicoanálisis de niños con fracaso escolar*. Buenos Aires: Nueva Visión, Pág. 282

⁷ Freud, S. (1905/2006) “Tres ensayos de teoría sexual”, en Sigmund Freud, *Obras completas vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu, Pág. 207

⁸ Laurus, D. (2015), Op. Cit. Pág. 63

acto nos habla de lo imposible de hablar, de lo informulado más que de lo informulable, que estaría del lado de lo reprimido”.⁹

Lo que pasa al acto es un pasaje de la historia no hablado, algo no dicho que ahora se abre paso de este modo. Tanto el odio de sí como el odio del otro informulados se traducen en actos de destrucción. Los sujetos no advierten cuánto es lo que se odian a sí mismos o en qué medida odian a otro, hasta que un acto lo hace factible: “Cuando las bocas callan, las cosas hablan”.¹⁰ Cuando los odios no salen a través de las palabras, salen a través de las cosas que se hacen y deshacen.

Enfatiza Lauru:

personalidades narcisistas o los estados límites manifiestan un odio al otro sin equivoco, que no excluye, sin embargo para nada el odio de sí: de la depresión, nuevo <<mal del siglo>>, al odio al cuerpo propio que lleva a veces al suicidio o a formas graves de anorexia.¹¹

El componente narcisista de los estados límite debe tomarse en cuenta y los veremos reposicionarse en otros planteamientos que vinculan narcisismo y estados límite. Claro que uno se interroga sobre la pertinencia de situar la depresión en los estados límite. Al menos se advierte en qué medida la depresión compromete investiduras narcisistas si evocamos cómo para Freud¹² la melancolía suponía ser una perturbación de la economía narcisista del yo e implicaba una pérdida narcisista de trascendencia enigmática. Derivaba de una pérdida de algo o alguien elegido bajo la modalidad narcisista y que se inscribía a nivel de una acentuada idealización. La caída de la idolatría depositada en los padres omnipotentes y mágicos, que daban cauce al deseo edípico, su desperfecto tanto imaginario como simbólico, hace que Rassial (2017) designe una “depresividad ordinaria de la adolescencia”.¹³

⁹ Íbidem, Pág. 74

¹⁰ Davoine, F. y Gaudillière, J.-M. (2011) *Historia y trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: FCE. Pág. 356

¹¹ Lauru, D. (2015), Op. Cit. Pág. 13

¹² Freud, S. (1915/2006) “Pulsiones y destinos de pulsión”, en Sigmund Freud, *Obras completas vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.

¹³ Rassial, J. (2017) De l'adolescence restreinte à l'adolescence généralisée, *Figures de la Psychanalyse, Logos&Ananké*, 33, Pág. 36

Se advierte que este odio de sí podría no ser sino el retorno del odio a estos padres que han fallado ineluctablemente al ya no responder ni corresponder al ensueño amoroso anhelante de reciprocidad. La novela familiar a la que hace referencia Freud es el desenlace de un fantasma que comienza a merodear el mundo de la insatisfacción del deseo: “La sensación de que no le son correspondidas en plenitud sus inclinaciones propias se ventila luego en la idea, a menudo recordada conscientemente desde la primera infancia, de que uno es un hijo bastardo o adoptivo”.¹⁴ Esta novela familiar se escribe con la sangre de la herida narcisista producida porque el idealizado círculo del amor pleno en relación con los padres se ha hecho añicos.

Bordeando/bordando la psicosis

La experiencia de encuentro con el cuerpo de la madurez púber pone a prueba en los adolescentes su andamiaje simbólico. Puede precipitar una situación donde queda fuera de incidencia la Bejahung,¹⁵ en tanto afirmación y asimilación para el orden de la palabra, respecto a este cuerpo en su emergencia sorprendente: “El cuerpo púber esta fuera de representación, ya que es el lugar de experiencias aún desconocidas. Su cuerpo le aparece como exterior, en un real exterior imposible de subjetivar”.¹⁶ Entonces pareciera que este cuerpo es sometido a un proceso de Verwerfung, mecanismo propio de la psicosis. Inicialmente los llamados borderline eran casos donde se localizaban componentes psicóticos en sujetos que no parecían serlo. Bleuler, de acuerdo con los planteamientos de Carlos Alberto Paz,¹⁷ señalaba en 1911 la presencia de elementos paranoides ocultos, y Kretschmer en 1921 de aspectos de esquizoidia. Henry Claude en 1926 detectaba lo que designaba como esquizomanías. A pesar de lo cual sostiene Claude, siguiendo la perspectiva de Carlos Antonio Paz, que no se pierde en estos casos el sentido de

¹⁴ Freud, S. (1908-09/2006) “La novela familiar del neurótico”, en Sigmund Freud, *Obras completas vol. IX*. Buenos Aires: Amorrortu, Pág. 217

¹⁵ Lacan, J. (1990) *Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

¹⁶ Lauru, D. (2015), Op. Cit. Pág. 75

¹⁷ Paz, C. (1976) “Evolución histórica de la noción de caso fronterizo”, en Carlos Alberto Paz, María L. Pelento y Teresa O. de Paz, *Estructuras y estados fronterizos en niños, adolescentes y adultos*. T. I. Buenos Aires: Nueva Visión.

realidad. Freud mismo esbozaría quizás algo de esta idea de subjetividad donde lo neurótico bordea o hace borde con la psicosis cuando presenta en el caso de neurosis obsesiva del Hombre de los Lobos, la participación de una desestimación del “Problem der Kastración”,¹⁸ del problema de la castración. Recurre al concepto de Verwerfung para dar cuenta de una operación que rechaza absolutamente la experiencia de castración “ob sich nicht existierte”,¹⁹ como si no existiera. Eso que este sujeto “verwarf”, desestimó, presenta una reaparición alucinatoria que lo aterra de tal modo que lo enmudece momentáneamente: la vivencia escalofriante de haberse mutilado el dedo meñique de una de sus manos.

El sujeto en estado borderline parece bordear las estructuras sin ser ni psicótico, ni perverso, ni neurótico. ¿Bordeándolas no parece bordar algo de cada una? José Rafael Paz propone para las perturbaciones borderlines una condición clínica donde nos encontraríamos con un “supuesto ‘continuum’ existente entre las psicosis desorganizativas típicas y las neurosis”.²⁰ Hemos tenido ocasión de recibir dos jóvenes diagnosticados con esquizofrenia en los cuales, empero, no se pone en entredicho el sentido de realidad. Para Ey, Bernard y Brisset la esquizofrenia se caracteriza por el establecimiento de un universo propio, clausurado, autístico, que va de la mano con una condición donde el sujeto “pierde el contacto con la realidad y con sus coordenadas sociotemporales”.²¹ Estos casos que hemos inicialmente atendido con la valoración de supuesta esquizofrenia contrastan con el hecho de que exhiben una adecuada orientación socio histórica que los hacen que puedan tener hasta una funcionalidad a nivel laboral y/o educativo.

En su estudio sobre casos marginales Fenichel se refiere a neuróticos que ponen en operación medidas psicóticas, particularmente esquizofrénicas, al y para enfrentar situaciones de frustración. Señala que puede tratarse de sujetos

¹⁸ Freud, S. (1918/1999) “De la historias de una neurosis infantil. (caso del Hombre de los lobos)”, en Sigmund Freud, Obras completas vol.XVII, Buenos Aires: Amorrortu, Pág. 117

¹⁹ Ídem.

²⁰ Paz, J. R. (1977) *Psicopatología. Sus fundamentos dinámicos*. Buenos Aires: Nueva Visión. Pág. 234

²¹ Ey, H., Bernard, P., Brisset, C. (1980) *Tratado de psiquiatría*. Barcelona: Toray-Masson. Pág. 516

potencialmente esquizofrénicos que empero “no ha roto con la realidad”,²² o que dan la impresión de haber iniciado ya ese rompimiento. Puntualiza el hecho de que son sujetos extravagantes que no pierden contacto con la realidad que “recuperan o conservan una gran parte de su narcisismo primitivo, porque son capaces de responder a las heridas narcisistas con simples negaciones y con un aumento protectorio del narcisismo”.²³ Observaremos que en los casos denominados borderlines, las indemnizaciones o compensaciones que se ponen en marcha son precisamente de índole narcisista. Por su parte, José Rafael Paz asevera que los borderlines se distinguen de las psicosis en la medida en que disponen de recursos neuróticos y muestran “una conservación aceptable de distintos aspectos de los sistemas de referencia compartidos, base del juicio de realidad”.²⁴ Sin embargo, en nuestros casos aparecieron en cierto momento comportamientos sumamente bizarros, actos que hicieron forzoso un internamiento psiquiátrico. Actos que luego estas mismas personas son capaces de juzgar como incorrectos moral y socialmente. Fuera de esos actos parecen conducirse normalmente. No obstante, no deja de denotarse una cierta correlación entre esta impresión de actitud “como si” no existiera la castración, que alude al procesamiento defensivo de la Verwerfung y la personalidad “como si” que bordea y borda el límite entre la neurosis y la psicosis.

Es Jean Jacques Rassial²⁵ (2001) quien mejor ha intentado cernir este tipo de estados que transitan u oscilan entre estructuras adoptando posiciones muy específicas. Recurre a André Green para hacer pintoresca una situación donde un sujeto se instala en el “ni sí ni no”. Carlos Alberto Paz²⁶ retoma la observación hecha de que en el caso del Hombre de los Lobos, en el momento de acudir con Freud, se denotaba una incapacidad en los tres aspectos fundamentales de la vida: trabajo, amor, responsabilidad. Ni era capaz de trabajar, ni de amar ni de asumir responsabilidad. Triple línea de la indefinición. Resulta evidente que las neurosis

²² Fenichel, O. (1979) Teoría psicoanalítica de las neurosis. Buenos Aires: Paidós, Pág. 496

²³ Íbidem, Pág. 497

²⁴ Paz, J. R. (1977), Op. Cit. Pág. 235

²⁵ Rassial, J. (2005) *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión.

²⁶ Paz, C. (1976). Op. Cit.

patentizan la división del sujeto, pero no del yo que sostiene su unidad. Aunque este yo patentiza su sufrimiento por la no conciliación entre instancias que lo doblegan. Freud²⁷ descubre y esclarece la escisión interna al yo en la condición subjetiva del fetichismo. No se trata necesariamente de un conflicto, sino de un paralelismo en el centro mismo del narcisismo carente de paradoja: un sector del yo que sustenta el saber de la castración de la madre confluye con otro sector del yo que sostiene la creencia en la condición fálica de la madre. En este sentido, se podría argüir que el sujeto en estado borderline ni sabe ni no sabe, ni cree ni no cree. No se define ni en el campo del saber ni en el campo del creer. Su indefinición puede inscribirse en los órdenes ético, político y sexual, sustentando una posición de repliegue narcisista ante el Otro que compendia un mundo de diferencias:

La impostura de las personalidades 'como si' reside básicamente en que no asumen el riesgo de tomar alguna posición definida, delatando así, a través de su bisexualidad actuada, la arrogancia omnipotente de quienes quieren eludir la destitución narcisista que impone la apertura al Otro sexo.²⁸

La antropóloga Françoise Héritier²⁹ enseña que hay matrices estructurales del pensamiento humano, invariantes que lo organizan y que se despliegan en ese carácter de oposición binaria. La noche y el día, lo femenino y lo masculino. Es la matriz de lo idéntico contra lo diferente, o más bien bordeando y bordando con lo diferente. Lacan,³⁰ por su lado, habla de códigos significantes previos a que el niño los articule mediante la verbalización. Trama simbólica que arma un mundo de sentido. La noche y el día, el hombre y la mujer, la guerra y la paz. El sujeto en estado borderline no se rige por ese código, o más bien lo impugna en la medida en que hay una vacilación al estar entre dos, entre la guerra y la paz y entre la noche y el día. Vacilación que lo zafa del compromiso identitario y de las definiciones subjetivas que tienen que irse marcando desde la adolescencia. Por eso se puede

²⁷ Freud, S. (1927/2006). "Fetichismo", en Sigmund Freud, *Obras completas Vol. XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.

²⁸ Milmaniene, J. (2010) *Clínica de la diferencia en tiempos de perversión generalizada*. Buenos Aires: Biblos, Pág. 38

²⁹Héritier, F. (2005) "Les matrices de l'intolérance y de la violence", en Françoise Héritier, *De la violence II*. Paris: Odile Jacob.

³⁰ Lacan, J. (1990). Op. Cit.

argüir hasta cierto punto que el estado límite es el estado adolescente o la adolescencia define la indefinición propia del estado límite. Sobre todo porque como lo sugiere Rassial³¹ al indicar cómo ante el impacto real de los cambios pubertarios la basculación de lo indefinido se impone.

Semiología de lo desaforado

Tres aspectos semiológicos, destaca Rassial, a tomar en cuenta donde prevalece esta vacilación, detención o suspensión subjetiva. Comienza por situar la condición de inquietud que impresiona como invasiva. Se refiere a ella bajo el rubro de “ansio-depresión”. Ya Winnicott³² había sugerido sustituir la denominación de posición depresiva propuesta por Melanie Klein por la de inquietud. Sitúa de ese modo la presencia primordial de un sentimiento de culpabilidad que insta de modo apremiante a la reparación. Winnicott señala que el amor instintivo del pequeño en la fase oral y voraz produce un efecto imaginario en el cuerpo materno: un agujero. Plantea entonces una situación de angustia depresiva. De culpa inquietante, de culpa ansiosa o ansiedad por el daño causado. Para que ello ocurra señala que se tendría que haber establecido ya una “membrana limítrofe, con un interior y un exterior”.³³ Esto permite proponer la idea de que el estado límite anuda los opuestos angustia-depresión, sutura paradojas afectivas o en él “se complementan”.³⁴

Freud oponía angustia a duelo.³⁵ La pérdida que acecha frente a la pérdida ya hecha. Pero los borderline anudan la angustia con la depresión. Dando por definitivamente perdido lo que temen perder. Así un joven nos sugiere una epifanía de la pérdida. Daba por perdida a una chica de la cual reconocía estar perdidamente enamorado. Aunque manifestaba la ansiedad constante de que en cualquier momento podría perderla para siempre. Temía perder lo que decía ya haber perdido

³¹ Rassial, J (2001). Op. Cit.

³² Winnicott, D. W. (1982) *Escritos de psicoanálisis y pediatría*. Barcelona: LAIA

³³ Íbidem, Pág. 366

³⁴ Rassial, J. (2001). Op. Cit. Pág. 65

³⁵ Freud, S. (1925-26/2006). “Inhibición, síntoma y angustia”, en Sigmund Freud, *Obras completas Vol. XX*. Buenos Aires: Amorrortu.

pues otro compañero se le habría adelantado en la conquista amorosa. Una pérdida que no cesa de reproducirse, de darse por ya ocurrida, aunque el sujeto atisbe la urgencia de hacer algo. Vislumbra que él tendría que hacer algo para que se precipite un giro drástico del destino. La ansiedad en esta combinación con lo depresivo se presenta como ataque incontenible que resulta desesperante. Es decir, como algo que insinúa la agresividad del otro o hacia el otro con quien tiene una relación de tensa identificación narcisista e imaginaria. Puede ser la figura del rival despojador o de la misma chica que se presiente perdida. No sólo la experiencia de perder a la chica amada sino también de perder ante este rival que parece poseer mejores atributos corporales o superior atributo fálico.

Las toxicomanías parecen enclavarse en esta depresión angustiante o en esta angustia depresiva. El sujeto apuesta por llevar hasta el límite, hasta la frontera misma de la vida con la muerte, la falta de un objeto. En francés, de acuerdo con una observación de la traductora del texto de Rassial, Irene Agoff, la palabra para referirse a privar a un sujeto de la droga a la cual se es adicto se denomina *sevrage*. Pero en su “sentido estricto, *sevrage*, significa ‘destete’”.³⁶ El complejo del destete para Lacan³⁷ es fundamental para que el crío deje de sentirse parasitario del cuerpo materno. La droga, podemos subrayarlo, parasita al sujeto en una experiencia de plenitud absoluta. Ofrece la dimensión ideal e idílica de que nada falta. Daniel Sibony³⁸ afirma que en el drogadicto la droga sirve de unión, elemento bisagra podríamos acotar, entre la realidad y un posicionamiento narcisista, entre la realidad y el inconsciente, entre cuerpo y sexo. La droga es una garantía de no sucumbir a la psicosis, pero induce momentáneamente un estado psicótico.

Por otra parte, resulta clásica una frase en algunos adolescentes que Leclaire hace exclamar en voz de una madre identificada con su niño en un sueño que escenifica su caída mortal: “¡Ojalá nunca hubiese nacido!”.³⁹ Si nunca hubiese nacido nunca habría muerto. Si nunca hubiese nacido habría permanecido, guarecido,

³⁶ Rassial, J. (2001). Op. Cit. Pág. 67

³⁷ Lacan, J. (1938/2003) *La familia*. Barcelona: Argonauta.

³⁸ Sibony, D. (1990). *Perversiones. Diálogos sobre locuras “actuales”*. México: Siglo XXI.

³⁹ Leclaire, S. (2001). *Matan a un niño*. Buenos Aires: Amorrortu, Pág. 9

parasitando del seno materno. Por eso es que los estados límite alcanzan, lo dice Rassial,⁴⁰ en los planos real imaginario o simbólico condiciones arcaicas donde al debilitamiento de la figura paterna se asocia una entronización de la madre. Es un ansia de lo arcaico que resulta fusional y que remite a estas ansias revestidas de aflicción en el adolescente en relación con un universo libre de oposiciones y diferencias:

La nostalgia de la unidad y de la totalidad de lo masculino y lo femenino, de la luz-tinieblas, del espíritu-carne, de la inocencia-experiencia, le empuja a sondear, en sus pedestales el edificio de su historia y de su prehistoria. Inevitablemente, él debe afrontar la imagen arcaica de la madre y las fantasmagorías incestuosas que genera desde que aparece. ⁴¹

Kernberg, según lo plantea Carlos Alberto Paz,⁴² suscribía la presencia de elementos paranoides, esquizoides e hipomaniacos en una personalidad previa a la organización borderline. No obstante, ésta se puede enmascarar mediante el acto que absorbe el odio en la ingesta de droga o el ataque al otro:

Las denominadas neurosis impulsivas y adicciones (caracterizadas por una erupción crónica de impulsos que buscan gratificar las necesidades instintivas en una forma que es egodistónica habitualmente que se transforma en egosintónica durante los episodios mismos: el alcoholismo, la drogadicción, cleptomanía, obesidad compulsiva) encubren muchas veces una estructura borderline. ⁴³

El acto impulsivo o el pasaje al acto de la ingesta tóxica tienen este carácter de hacer que sintonicen los malestares de ansiedad-depresión con el narcisismo. Se podría argüir que lo que se hace, lo que se pone en acto, parece coadyuvar al enaltecimiento del yo.

El segundo aspecto semiológico introduce lo que Rassial designa como pseudo-perversión.⁴⁴ La sexualidad es un campo para llevar a la experiencia o a la

⁴⁰ Rassial, J. (2001). Op. Cit.

⁴¹ Chaboudez, G. (2017). "Le moment adolescent", *Figures de la Psychanalyse, Logos&Ananké*. 33, Pág. 30

⁴² Paz, C. (1976). Op. Cit.

⁴³ Íbidem, Pág. 67

⁴⁴ Rassial, J. (2001). Op. Cit.

experimentación la consigna moderna fascinante de que todo es posible. Incluso dentro de los vendavales de alcohol, drogas y promiscuidad, el sujeto no renuncia a darse una oportunidad para una vida de pareja. Lo perverso admite una sola modalidad de goce. Freud⁴⁵ ya lo había establecido acudiendo a los términos de fijación y exclusividad. Se plasma una modalidad privilegiada de subversión de un límite, como el del dique anímico (pudor o dolor) convertido en incentivo de goce. Goce condicionado y restrictivo. En cambio, las búsquedas de satisfacción del estado límite presumen ser sumamente abiertas, de espectro amplio. Se podrían ostentar paradójicamente como ilimitadas. Conjeturamos que la disposición, por ejemplo, de lo perverso polimórfico, parece devenir posición categóricamente de exigencia libidinal: “Desde el punto de vista libidinoso hay usualmente un cuadro perverso-polimorfo, con predominio del placer de órganos a expensas de la verdadera relación objetal y una imposibilidad de distinguir entre placer preliminar y verdadero orgasmo”.⁴⁶ El otro es valorado predominantemente como suministro de un placer que enreda su disfrute orgánico con una sensación de liberación plena. Es importante destacar esta confusión entre los placeres parcial y final porque es en la adolescencia donde se descubre en su enclave real la experiencia del orgasmo que hace su aparición primeramente, como lo destaca Chaboudez, en el escenario de la masturbación, aunque implicando al “fantasma concerniente al Otro edípico”.⁴⁷ Experiencia de tal impacto en este aterrizaje real de los fantasmas incestuosos y parricidas que le hace erigirse en “fuente de angustia”.⁴⁸

Carlos Alberto Paz ⁴⁹ llega a decir que hay descripciones de los fronterizos que subrayan más elementos psicopáticos que psicóticos, como en el caso de las caracterizaciones de Jan Frank donde se habla de que las actuaciones del fronterizo son una permanente búsqueda de excitaciones. Diríamos de goce. Un caso de

⁴⁵ Freud, S. (1905/2006). Op. Cit.

⁴⁶ Paz, C. (1976). Op. Cit. Pág. 32

⁴⁷ Chaboudez, G. (2017). Op. Cit. Pág. 20

⁴⁸ Pommier, G. (2017). “Analyse finie et adolescent infinie”, *Figures de la Psychanalyse, Logos&Ananké*. 33. Pág. 42

⁴⁹ Paz, J. (1976). Op. Cit.

Rassial⁵⁰ presenta a una chica que después de permitirse un acercamiento incestuoso con un hermano se decía dispuesta a todo. Sin embargo, tenía sus propias restricciones. Todo era posible menos el sexo vaginal. En otros casos esa restricción se impone de un modo que da la impresión de veleidosa. Es el caso de una chica que casi presume aceptar cualquier tipo de postura en sus peripecias sexuales, menos la del sexo oral. Pues la parte de su cuerpo involucrada en esta actividad sexual, de acuerdo con su personal código moral, la concibe como sagrada.

Rassial da cuenta de cómo el sujeto en estado límite puede personificar de manera contundente “ese ideal bisexual que retorna periódicamente en la vida social”.⁵¹ La misma imagen de su apertura sexual invita a un cierre fascinante, pues son sujetos donde el poder narcisista de la indiferencia es exorbitante. Freud retomaba esta presencia de la bella indiferencia de la histérica, que seducía con su ajenidad respecto a un sufrimiento corporal. En este caso es una indiferencia que resulta bella porque es un éxtasis de narcisismo que conjura todo riesgo de castración. Recordemos que para el mismo Freud la indiferencia se constituía como una posición inicial del yo narcisista “que sólo se ama a sí mismo y es indiferente al mundo”.⁵² Mientras el mundo no le haga llegar estímulos que rompan con su supuesta autosuficiencia. La bisexualidad responde a este ideal de autosuficiencia o al ideal de poseer lo suficiente para complacer al otro independientemente de su sexo.

El tercer aspecto semiológico que sugiere Rassial se refiere a un modo de actuación violento que se va a volcar particularmente contra el cuerpo y sobre el cuerpo. También implica cierta relación violenta con el pensar y el hablar. Se conecta con lo que Rassial denomina detención del pensamiento. Con lo que se piensa sin decirse y con lo que ni siquiera se reconoce que se piensa. Cielo Latini expresa algo que se aproxima a esta cuestión: “Siempre me la agarré con mi cuerpo

⁵⁰ Rassial, J. (2001). Op. Cit.

⁵¹ Íbidem, Pág. 80

⁵² Freud, S. (1915/2006). Op. Cit. Pág. 130

para mostrarle a la gente lo que pensaba, lo que sentía o lo que no me animaba a decir (así como lo que decía sin ser escuchada)".⁵³ Lo que no decía con palabras lo decía con su cuerpo. Su cuerpo se constituye en instrumento de lo indecible e incomunicable. Su cuerpo es portavoz de aquello que ella misma quizás no se escucha en su propio decir, en lo que sus palabras alcanzan a transmitir. Parece indispensable esta aprehensión agresiva del cuerpo propio para hacer (se) saber lo que piensa y siente. El cuerpo era algo a lo que tenía que asirse para que su palabra se abriera paso. En el caso del borderline, el cuerpo es un re-curso dominante y agresivo, es el curso del dominio supremo de sí. Cielo Latini refuerza este talante de defensivo-agresivo en relación con su cuerpo: "Somatizo, es lo que hago para defenderme. Me enoja con mi cuerpo".⁵⁴ La agarra contra el cuerpo, se enoja con el cuerpo, porque parece que no responde a su ideal bienaventurado de perfección: "Elegí ser perfecta o intentar serlo al menos".⁵⁵ De hecho creía serlo en un momento del colegio cuando le complacía verse admirada junto con sus compañeras. El cuerpo deviene espacio para mostrar (se) y demostrar (se) el dominio de sí después de ser espacio para la admiración del Otro.

También se observa en esta adolescente cómo se transita del pleito con el cuerpo al sentimiento de aflicción con el cuerpo, y luego a un sentimiento de precariedad que termina comprendiendo todo su ser: "Pobre mi cuerpo. Pobre de mí". Apuntalando su idea de que se consideraba anoréxica "a raíz de que tenía problemas de depresión".⁵⁶ Freud⁵⁷ ya señalaba como la vivencia de pobreza a nivel del yo era inherente a la melancolía. Se advierte este oleaje de contradicciones en Cielo Latini al disponer con su cuerpo de un elemento muy rico, muy valioso, para hacer saber a los otros lo que escapaba a su palabra, pero es un recurso tan precario que no convence ante sus ideales de exigencia superyoica: "Obviamente, no estaba lo suficientemente flaca". Lo cual nos lleva a las dos figuras clínicas de la

⁵³ Latini, C. (2007). *Abzurdah. La perturbadora historia de una adolescente*. México: Planeta, Pág. 71

⁵⁴ *Íbidem*, Pág. 107

⁵⁵ *Íbidem*, Pág. 190

⁵⁶ *Íbidem*, Pág. 19

⁵⁷ Freud, S. (1915/2006). *Op. Cit.*

anorexia que propone Nasio (2008).⁵⁸ Una neurótica y otra forclusiva. Esta última tiene que ver con la inclusión de la anorexia dentro de los estados límite y su borde y bordado con la psicosis. Se conecta con lo que observamos en una adolescente en cuanto a la intervención de un presunto elemento alucinatorio, de un componente psicótico. La chica se ve tan desmesuradamente gorda que le hace referirse a ella misma como “vaca”. Ese componente denigratorio nos podría llevar a la injuria aniquilante a la que se refiere Lacan en la psicosis.

Nasio plantea, ante un caso de una chica con anorexia, que las partes del cuerpo que ella resalta como gordas son las que participan de la seducción femenina: muslos y nalgas. Allí donde se destaca un empuje para el deseo del otro, una configuración de encanto corporal femenino, viene a inscribirse la operación de descarte absoluto de la forclusión. Se advierte cómo estas zonas erógenas representan espacios corporales en función límite para impedir el pasaje al reconocimiento de un cuerpo adolescente de mujer que pueda ser deseable. Esas zonas quedan repudiadas por la forclusión y reaparecen en la alucinación como sectores tan saturados de grasa que producen una sensación de asco. Alucinación que se impregna de una certeza pese a que Nasio pone frente a un espejo, esgrimiéndole, en un ejercicio de puesta en entre dicho, que esos sectores son propiamente sus músculos. La certeza es incontestable e irrefutable pues para ella son indiscutiblemente trozos de grasa. Una parte vale por todo. Esas partes gordas la hacen verse gorda. En el texto de Cielo Latini llama la atención que la injuria aniquilante de “gorda”⁵⁹ con que ella se insulta sea un significante con el cual su idealizado novio se refería a ella. La anorexia en su posible condición de estado límite exhibe un narcisismo del real poder controlador sobre un cuerpo que se repudia en su virtual seducción.

Compensaciones

⁵⁸ Nasio, J. D. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.

⁵⁹ Latini, C. (2010). Op. Cit. Pág. 81

Para José Rafael Paz en los borderlines el recurso a las “compensaciones”⁶⁰ es algo que marca un gran contraste con condiciones deficitarias en el orden anticipatorio y las tendencias a la desorganización. Esa falla en la capacidad previsor conlleva “una adecuación desproporcionada”. Podríamos decir, una adecuación o una adaptación excesiva al presente y las condiciones del presente. Su cuerpo debe ser sumamente adecuado a una cultura donde parece enaltecer o hacer una apología de “la abolición de los límites normativos”.⁶¹ Helene Godefroy, desde su escucha de adolescentes en los paroxismos a los que llevan la relación con su cuerpo, detecta con la avanzada de la ciencia esta ideología de un cuerpo cada vez más resistente a “las vicisitudes amenazantes”.⁶² El cuerpo de las proezas médicas, en tanto “soporte de una apuesta por la eternidad”, se confronta con una impresión de fragilidad e inestabilidad.

En la época de la llamada hipermodernidad, el cuerpo, para Godefroy, resulta ser un síntoma de un narcisismo recalitrante, así como puesta en escena del dominio virulento y atroz sobre el cuerpo. Igualmente se despliega una puesta al límite de resistencia del cuerpo en un ejercicio exacerbado de manipulaciones y alteraciones donde colindan placer y dolor. Godefroy afirma que los adolescentes exhiben a ultranza, con las escarificaciones, los tatuajes, los piercings, porciones de cuerpo zaherido pero rehecho en función de su gobernante veleidad. Este cuerpo como soporte de una alteridad que debe plegarse a su voluntad, es en efecto, una especie de otro que “gozan en maltratar, en transformar, incluso caricaturizar, como si no fuera para ellos sino carne fría, despojada de sentido”.⁶³ Podría pensarse en una especie de recuperación narcisista, después de los asesinatos de los ideales que comandaron la infancia y que vulneraron su fondo narcisista. Advertimos una heráldica de un cuerpo yugulado por un amo terrible. Dicho cuerpo cambió fuera, y a veces en contra de su voluntad. Ahora se ven acuciados a mostrar y demostrar que sobre ese cuerpo sólo ellos mandan. Y mandar supone someter y someter

⁶⁰ Paz, J. (1977). Op. Cit. Pág. 235

⁶¹ Milmaniene, J. (2010). Op. Cit. Pág. 110

⁶² Godefroy, H. (2005). “Le corps symptôme de l’adolescence”. *Figures de la Psychanalyse, Logos&Ananké*. 21, Pág. 200

⁶³ Íbidem, Pág. 201

supone castigar, hacer con el otro lo que plazca. En la medida en que también el cuerpo puede representar una figura de alteridad. De este modo, estos adolescentes encarnan la figura de un padre que ejerce una soberana y soberbia tiranía sobre su cuerpo. Ejerciendo ese sometimiento cruento algunos llegan a exaltarse con una gran sensación de vitalidad y poderío. Estos síntomas están hechos para descubrirse ante la mirada atónita del otro. Demandan el asombro del otro. Debido a eso poseen “envergadura colectiva”,⁶⁴ hacen lazo social. Como la misma cohesión colectiva que Cielo Latini fomenta tanto con sus trazos en el cuerpo y con su escritura-diario una página web. Su drama corporal virtual y virtuosamente se socializa mediante su página intergaláctica. A partir de esas discordias y discordancias corporales convoca una lectura abierta a los internautas. Es una invitación exorbitante de “quien excede los límites de lo normal”.⁶⁵ Es decir, una chica abre, teje y desteje en la red social su síntoma-cuerpo del padecer subjetivo.

Se desenvuelve de este modo en los nexos sociales una modalidad de goce donde el cuerpo es pieza de intercambio ferviente con el otro:

Debemos enfocar pues las personalidades borderline, en las que no se observa el retorno cifrado sintomático y cifrado de lo reprimido, sino más bien políticas de goce asexual —ligadas a prácticas autoeróticas y adictivas— desvinculadas de una relación genuina con el Otro sexo. Estos sujetos evidencian una marcada desconexión con el Otro, verdadero colapso transferencial, dado que el deseo es remplazado por un circuito pulsional cerrado, que reverbera sobre los objetos narcisistas de goce, anclado en un cuerpo mortificado y desubjetivado.⁶⁶

Tampoco existe una relación auténtica con el propio sexo. El goce es algo que se inscribe en una política de dominio del otro como si fuera parte del cuerpo propio o del cuerpo como si fuera un otro ajeno. Estos regímenes del goce conllevan la formación de agrupaciones que hacen del sufrimiento norma de vida o búsqueda desenfundada de transgresiones momentáneas. Sobre todo fincan en el diferente, en el grupo diferente, la presencia de un odio intenso en la medida en que con esa

⁶⁴ Ídem

⁶⁵ Latini, C. (2010). Op. Cit. Pág. 13

⁶⁶ Milmaniene, J. (2010). Op. Cit. Pág. 47

“pequeña diferencia” pone en peligro la congregación homogénea de universo narcisista. Los líderes de estas agrupaciones exhiben un acentuado despotismo. Al cual se conforma y resigna todo colectivo necesitado de compensación paterna:

Las toxicomanías, los trastornos alimentarios, las depresiones severas, configuran en cierto modo ‘psicosis no desencadenadas’, merced a mecanismos como las compensaciones imaginarias y las suplencias. Las compensaciones imaginarias consisten en soldaduras subjetivas logradas a través de identificaciones narcisistas con el semejante, conformándose así verdaderas ‘muletas imaginarias’, que sostienen posiciones miméticas, tienden a reproducir masiva y especularmente el objeto de la identificación.⁶⁷

Si el narcisismo determinó el surgimiento del proceso de la represión, en los estados límite parece ser el elemento adhesivo en la relación con el otro, el elemento de exuberante idealización del otro, para sobreponerse a una condición de inconsistencia del Otro del orden simbólico, de la ley paterna.

Esto nos lleva a lo que dice Lacan en su seminario de La Psicosis al referirse a los ‘como sí’ de Helene Deutsch, considerados hoy como paradigma de los estados límite, en su función compensatoria dentro de la esquizofrenia:

Encontramos manifiestamente allí el mecanismo del como sí, que Helene Deutsch destacó como una dimensión significativa de la sintomatología de las esquizofrenias. Es un mecanismo de compensación imaginaria –verificarán la utilidad de la distinción de los tres registros-, compensación imaginaria del Edipo ausente, que le hubiera dado la virilidad bajo la forma, no de la imagen paterna, sino del significante, del nombre del padre.⁶⁸

Los estados límite compensan por vía imaginaria este significante paterno ausente; o quizás inconsistente. No se trataría necesariamente de psicosis, aunque la misma Deutsch así lo sugiera, sino de formas de actuación donde se caricaturiza la virilidad, pero también la feminidad: “Es así como muestran una camaleónica cualidad de su adaptabilidad”.⁶⁹ Precisamente este término de “camaleón” es al que recurre un adolescente para referirse a su disposición y capacidad para absorber

⁶⁷ Íbidem, Pág. 49

⁶⁸ Lacan, J. (1990). Op. Cit. Pág. 275

⁶⁹ Paz, C. (1976). Op. Cit. Pág. 72

características incomprensibles de algunos compañeros que más resultan influyentes en su vida. Las llamadas personalidades “como sí” ofrecen la impresión de tratarse de seres de caricatura en comportamientos de riesgo, pero sin asunción de responsabilidad y cuya política se trasunta en un goce al emprender maniobras de conformidad ante “líderes violentos y totalitarios”.⁷⁰ Encontramos de este modo despliegue de compensaciones imaginarias en la búsqueda de identidad fuera de criterios normativos estándar. Predominan relaciones de mimetismo gregario y de relación especular en estos estados límite, donde incluso el orden imaginario resulta carente de firmeza y asentamiento en la dimensión introyectiva de la identificación. Como lo advierte Christian Hoffmann,⁷¹ retomando estas personalidades “como sí” de Deutsch, al subrayar que estos sujetos dan la impresión de una completa normalidad, aunque las relaciones con los otros impresionan como sumamente pobres o vacías. Menciona un caso de Katan donde un adolescente cae perdidamente enamorado de una chica que su mejor amigo corteja. No hay rivalidad, pugna, oposición, en la actitud subjetiva del joven respecto a este amigo. Intentará seducir a esa chica por “imitación de su amigo”. No se plasma una vertiente de tensión agresiva en la medida en que la identificación se reduce a la modalidad de ser haciendo como el otro. No hay pasión imaginaria. Se impone las mismas restricciones que su amigo. El riesgo es que vaya más allá de lo que hace el amigo. Que lo supere y se subvierta el marco del ajuste imitativo. En este caso cuando parece que la chica podría responder desde la diferencia el chico desarrolla rituales obsesivos. Los cuales devienen tan invalidantes que hacen estallar un delirio de influencia.

Hoffmann recalca que para Deutsch en los casos de como sí se define una identificación de autómatas y una ausencia de introyección simbólica. Lacan diría que estos sujetos no han entrado en la trama de los significantes si no es por una especie de imitación exterior. El sujeto borderline ante la codificación signada

⁷⁰ Milmaniene, J. (2010). Op. Cit. Pág. 41

⁷¹ Hoffmann, C. (2004). “Quelques réflexions a propos du déclenchement de la psychose y de ses suppléances dans le monde de l'adolescent contemporain”. *Figures de la psychanalyse, Logos&Ananké*

convencionalmente del semáforo se guía y responde en función del comportamiento de otro para seguir adelante o detenerse. Plasmación entonces de un seguimiento automático o de autómatas. Por eso importa exponer aquí el testimonio del filósofo Louis Althusser, según lo describe Hoffmann, sobre el soporte de alteridad mimética que encontraba en la figura de un profesor. Enfatiza cómo calcaba su voz, sus gestos, su escritura, sus giros expresivos y hasta sus tics. Arguye que esta imitación le suministraba no sólo un sentimiento de poder sobre el profesor sino también de existencia. Reconoce esta impostura como actitud narcisista y el realce de la actitud de parecer-ser ante la sensación de lo inapropiado de su cuerpo y de su sexo.

Las compensaciones en los estados límite suponen un empeño narcisista o un narcisismo que se empeña, que se compromete, allí donde se aprecia la falla simbólica del padre. Como lo decía un adolescente, con apremio y aprensión, en relación con un padre que advierte decepcionante: “yo tengo que poder lo que él no pudo”. Lo cual lo llega a llenar de miedo pues supone superar al padre y, de algún modo, liquidarlo. Freud⁷² ya indicaba cómo el delirio llegaba a instalarse en tanto función de sutura sobre la desgarradura fundamental del yo con el mundo exterior en la psicosis. El delirio convocaba un narcisismo en exceso, de grandeza o de referencia central para la persecución o el engaño. Del mismo modo, el padre mítico, el padre de los orígenes⁷³ revestido de los atributos del narcisismo primordial de perfección y potencia fálica parece una compensación del padre real falible ante los ideales de imperfección e impotencia. Chaboudez afirma que ante este encuentro violento con lo real de los cambios que se ciernen sobre su cuerpo y su sexo, pero también del encuentro sexual inminente, “el adolescente tiene la elección de relevar un Padre por el otro, o bien intentar pasar de largo”.⁷⁴ Otro o incluso él mismo se reviste entonces con los atributos del padre mítico, atributos de indudable exaltación narcisista.

⁷² Freud, S. (1923-24/2006). “Neurosis y psicosis”, en Sigmund Freud, *Obras completas Vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu

⁷³ Freud, S. (1913/2006). “Tótem y Tabú”, en Sigmund Freud, *Obras completas Vol. XIII*. Buenos Aires: Amorrortu

⁷⁴ Chaboudez, G. (2017). Op. Cit. Pág. 26

En este universo postmoderno del imperio viscoso de la virtualidad, de la tecnología comandada por el poder del individualismo arraigado en el solipsismo omnipotente del celular, se levanta majestuosa la imagen de una soberanía exaltada del yo mimetizando al padre de los orígenes:

la búsqueda de sentido está atrapada bajo las influencias narcisistas, desaprobadas, denegadas, por la pretensión del tener, de las imitaciones del <<mejor tener>>, haciendo optar por la morosidad, el vacío del pensamiento, la voluntad de estar muerto, la renuncia del autómatas, el <<permanecer en su sitio>>, la oscilación entre depresión y paranoia...La destructividad de sí mismo y/o del otro, incluso la crueldad surge cuando el objeto hace demasiado obstáculo a las exigencias de un narcisismo en exceso.⁷⁵

El narcisismo difícilmente se deja limitar en sus ideales de inmortalidad, perfección, grandeza, omnipotencia, que plasman en el yo la identificación con Dios y el padre mítico. El narcisismo es exceso en su despliegue venturoso y majestuoso sobre todo cuando este padre de quien se espera todo se desploma para complacencia del goce, pero para desgracia del deseo. Los estados límite podrían encarnar bien este “narcisismo en exceso omnipotente” pero en el juego de relaciones de imitación miméticas con la imagen de otro henchido de poder, en el sometimiento despiadado al cuerpo, en la consecución de un goce descomunal mediante la droga o en la gesta de comunión identitaria con otros que sufren el malestar de la cultura de la nada o el sinsentido.

Conclusiones

Narcisismo y adolescencia se co-pertenecen. El mito de Narciso es una tragedia de adolescente sobre la imposibilidad de alcanzar la imagen idealizada de sí mismo forjada en la renovada desventura inevitable del Edipo. Narciso se pierde en el encanto de y del sí mismo pleno en su unidad. Los adolescentes parecen perderse, extraviarse, ante las pérdidas de imágenes de acentuado valor narcisista: la imagen del niño que maravilla como señuelo de inmortalidad redentora y la imagen de los padres con su grandeza y perfección. Freud señalaba que es difícil para el ser

⁷⁵ Gutton, P. (2017). “De la créativité adolescente”, *Figures de la Psychanalyse, Logos&Ananké*, 33. Pág. 18

humano renunciar a sus logros narcisistas. Es también difícil renunciar a lo que puede tener de fascinante la adolescencia como apertura a la toma de palabra propia y del cuerpo propio. Así con la adolescencia se abre el mundo de las indemnizaciones, de las reparaciones y las compensaciones frente a la falla en la consistencia simbólica del padre. Los estados borderline son un muestrario de ese mundo de reajustes que se abre forzando las adecuaciones y las transgresiones en función de un exceso de narcisismo.